

Cuentos para Escuchar y Leer

Por Carlos ITURRA

El presidente y el vicepresidente de la Sociedad de Escritores de Chile, Ramón Díaz Eterovic y Diego Muñoz, respectivamente, se tomaron el trabajo de fabricar una antología que titularon *Andar con cuentos: narrativa joven chilena*, publicada por Mosquito Editores. Cada día me anima más el concepto de escritor joven; a mí, hace como veinte años que me lo adjudican, y no niego que eso me hace relativamente feliz: si digo relativamente es porque hay un momento en que tal vez un escritor querría pasar a ser escritor a secas, ya no más escritor joven; lo de joven es halagador, pero tiene algo como de principiante. Hace poco anduvo por nuestro país un "escritor joven" uruguayo, Elbio Rodríguez, en busca de material para una antología de escritores jóvenes chilenos a ser publicada en su patria; cuando conversó conmigo le pregunté cuál era el concepto de joven que manejaba: con humor, pero veracidad, me contestó "de cincuenta para abajo". Nos reímos, pensando que aún nos quedaban algunos lustros de juventud. Por otra parte, habrá personas de cincuenta o de sesenta que se sienten jóvenes y que no comprenderían por qué Elbio y yo nos reíamos... Todos los conceptos son elásticos, pero pocos deben serlo como los de juventud, madurez, vejez, tiempo...

Pues bien, en la antología de Mosquito, Díaz Eterovic y Diego Muñoz incluyeron numerosos autores que han nacido, digamos, como del cincuenta en adelante. El libro, una muy digna edición, como se dice cuando se alude a un libro bien editado pero sin lujos, contiene una amplia y bien escogida gama de narraciones y narradores, cosa que yo no tengo derecho a decir porque soy uno de los incluidos; se lanzó algunos días atrás en el Instituto de Cultura del Banco del Estado, que desde hace varios años realiza múltiples actividades precisamente culturales; hablaron, entre otras personas, todas llenas de buen humor, los antologadores y un representante de la editorial, que aprovechó la ocasión para quejarse porque uno de sus libros había sido requisado: se trataba de esa especie de biografía de don Fra-Fra que éste logró arrebatar de las manos de los lectores, o por lo menos de las manos de los quioskeros.

Dos días después del lanzamiento comenzó un ciclo de lecturas a cargo de los antologados; partió un miércoles y seguirá de viernes en viernes hasta el 31 de enero. Cinco escritores se sientan adelante, en un pequeño escenario, ante un escritorio, en compañía de un presentador, y van leyendo de uno en uno alguna de sus últimas producciones, mientras en la platea los asistentes escuchan. En la primera sesión me tocó ser uno de los

lectores: ocurrió que justo en la mitad de mi cuento un grupo de jazz, que ensayaba en el piso de arriba, porque así de variadas son las actividades culturales en ese lugar, empezó a meter una bulla totalmente impresionante, con monstruoso acopio de baterías y demás instrumentos de percusión. Cómo sería el estrépito que el presentador tuvo que hacerme una seña para que yo dejara de mover los labios (porque no tengo la pretensión de que con esa sonajera pudiera haber estado haciendo algo más), y debió salir personalmente de la sala, no sé si a suplicar que pararan el escándalo o a amenazar con algo tremendo si no lo hacían. La cosa es que después de unos cinco o diez minutos volvió el silencio y luego volvió el presentador y yo pude terminar con mi lata, que era confío de veinte carillas. La gente que asiste es lo bastante generosa como aplaudir: no sólo me aplaudieron a mí, pese a que bien podrían haberse dormido -y quizá lo hicieron, y quizá yo debería agradecer al grupo de jazz por haberme despertado a la concurrencia-, sino que a los demás también los aplaudieron -a pesar de que a ellos sin duda que los habían escuchado despiertos-.

Pero lo que puede ser todavía más interesante que oír al grupo de jazz del piso de arriba, e incluso que oír los cuentos -aunque no niego que en algunos casos oír un cuento resulta casi tan grato como leerlo-, es la parte final del asunto, cuando los asistentes preguntan a los escritores-lectores: las preguntas son siempre corteses, y lo mejor de todo es que permiten comenzar pequeñas polémicas -fue pequeña ese día, pero bien pueden ser grandes en las próximas lecturas-, polémicas en las cuales se confrontan las diversas perspectivas que existen en nuestro medio respecto de la cosa literaria.

Siendo atractiva la lectura en sí, porque permite acercarse a la narrativa más fresca que se está escribiendo en el país, tan fresca como que todavía no se ha acercado a las editoriales y se encuentra recién salida del horno, es posible que sea aún más atractiva esa polémica subsiguiente, en la cual la interacción escritores-lectores se da como difícilmente podría darse en otra cualquier forma. Por eso es que recomiendo asistir a las dos jornadas que quedan: el viernes 24 leerán, y discutirán, Pía Barros, Jorge Marchant, Silvana Riqueros, Diego Muñoz y Gregory Cohen, en tanto que el viernes 31 lo harán Edgardo Mardones, Christian Guadiana, Claudio Jaque, Juanita Gallardo y Pedro Lemebel. Cuentos de los mismos autores y de algunos otros figuran en la antología, cuya lectura y previa compra aconsejo no porque ahí figure una de mis obras maestras, sino porque figuran varias más, de diversos escritores jóvenes...